



BUSCAR DURANTE ESTA CUARESMA COMO ALEJARNOS DE TODO LO TERRENO.

1º Domingo de Cuaresma, 15 de Febrero 1880

Al empezar la cuaresma leemos la célebre palabra de Dios a Abraham, que se nos presenta como el ideal, la forma y el medio para llegar a la perfección: “Egredese de terra tua, et de cognatione tua, et de domo patris tui” (Gen. XII, 1). Bellísimos comentarios se han escrito sobre estas palabras, no tengo la pretensión de igualarlos, ni de reproducirlos, pero siento como una necesidad de llamar vuestra atención sobre estas palabras.

Cuando entramos en la vida religiosa lo primero que hacemos es salir de nuestra Familia, de nuestro pueblo, de los afectos que hasta este momento eran nuestra vida. Pero esta salida no es algo que se realiza de un vez para siempre; esta primera separación de lo que llenaba nuestra vida: ambiente, familia, costumbres, amistades, es algo que hay que repetir constatemente y por eso Dios, en el fondo de nuestro ser, renueva con frecuencia esta llamada: “Sal, sal de tu tierra, sal de tu familia, sal de tu pueblo”.

¿Qué significa “tu tierra”? Todo lo que en nosotros queda de Terrestre; se trata pues de procurar a lo largo de la vida salir de lo terrestre para elevarnos hasta lo sobrenatural. Y esto no se hace sin esfuerzo, porque hay en nosotros un elemento terrestre, amasado con tierra que nos incita hacia lo inferior. “Sal de tu tierra”, “Egredere de terra tua”, dice Dios a Abraham y añade: “et de cognatione tua”, y de tus amistades, de tu ambiente.

Cuando se entra en religión, se sale una primera vez de sus amistades; pero enseguida se forman nuevas relaciones, nuevos afectos, nuevas criaturas con las que nos unen nuevas trabas. Digo trabas, y lo digo expresamente, porque es algo que hay que evitar a todo trance en la vida religiosa. Podemos sin ningún inconveniente, conocer y tratar a muchas personas, servir las y dejarse servir por ellas, encontrar en ellas algo que nos lleve hacia Dios, pero lo que no podemos es ligarnos a ellas. Tratándolas, sirviéndolas, no debemos contraer ningún vínculo, nuestras relaciones deben de ser de servicio, de ayuda. Y esto es para toda la vida. Debemos continuamente ejercitarnos en “salir” de lo que hemos conocido, en salir de esas realidades aún por el pensamiento y el afecto. En las amistades que vamos formando a lo largo de la vida, hay algunas que debemos mantener pues en ellas está al servicio de Jesucristo, pero hay otras en las que solo nos guía una inclinación natural y que nos corresponden también solamente, por atractivo natural. Dios no quiere esto, cuando se trata de la perfección de la consagrada; no es esto el sentido de la orden que el Señor ya en el A.T. dió a Abraham al decirle: “Sal de tu tierra, sal de tus relaciones, sal de tu pueblo”.

Para nosotras ahora nuestra familia es nuestra familia religiosa, nuestra comunidad, y de ella no hay que alejarse; sin embargo, no debe existir algo tan humano, aún dentro de nuestra familia religiosa, que nos apegue a los y o a las personas. Recordad lo que nos dice la Sda. Escritura sobre los descendientes de Noé. Tenían que esparcirse por toda la tierra para poblarla y colonizarla. Pero antes de separarse quisieron construir una gran ciudad con su gran Torre que se elevaría hasta el cielo. Dios vino y vió su construcción y se dijo: “Si comienzan a construir

esta ciudad, querrán continuarla, luego se instalarán en ella y no harán mi obra”. Y esta fué una de las razones de la confusión de lenguas en la Torre de Babel. Dios bajó y confundió sus lenguas, no solamente para castigar su orgullo, sino sobre todo para obligarles a separarse, a dividirse y a marchar, según el designio de Dios, a poblar y colonizar toda la tierra. Y así llegó la raza humana hasta los confines del mundo.

Construir una gran ciudad era el sueño dorado de los antiguos. Lo vemos al repasar la Historia Antigua tanto la profana como la sagrada: Babilonia, Nínive; aquella otra ciudad que tenía murallas de extraordinario buena instalación.

Trasapemos este hecho a nuestra familia religiosa. Frecuentemente Dios quiere que estemos muy bien ahí donde nos encontramos; pero otras veces Dios quiere que vayamos a lugares distintos y que a causa del Reino que nos dividamos. Si nos examinamos a fondo vemos que nuestro corazón tiene necesidad de romper esta atadura demasiado natural que nos impulsa a fundar una gran ciudad, bien instalada donde pudiesemos estar juntas. ¿No es verdad que a veces tenemos la tentación de decirnos “¡Que bueno sería vivir todas reunidas en una gran ciudad”! Pero eso no suele ser la voluntad de Dios. La voluntad de Dios es que nos esparzamos por el mundo para dar a conocer el Nombre de Dios y extender su Reino; la voluntad de Dios es que trabajemos en otros lugares para comunicar a los jóvenes el sentido de la fe, una actitud de generosidad, un cristianismo exigente y sin ambigüedades y todo ello de una manera vital y dinámica.

Todo esto se ha dicho ya de mil maneras, y podeis a solas reflexionar sobre ello, porque quedan aún muchas enseñanzas que podemos sacar de la palabra: “Egreedere” Recordad ante todo que se trata de una llamada de Dios para que nos elevemos hacia El más y más.

A medida que avanzamos en la vida dejemos cuanto queda atrás, no volvemos hacia ello la vista: miremos hacia Adelante, hagamos nuestra la afirmación de Pablo a los cristianos de Filipos: “Olvido lo que dejo atrás y me lanzo hacia la meta de mi vocación en Cristo Jesús” (Fip. 3, 13)

Procuremos pues, cada día de esta cuaresma, salir de ese pueblo inmenso del que no he llegado a hablaros: pueblo de nuestros pensamientos, de nuestros sentimientos, pueblo de nuestras apetencias, de nuestras inclinaciones, de nuestras limitaciones, de nuestros defectos.

Trabajemos por salir de este triple pueblo que llevamos en nosotras mismas:

- pueblo de tierra; el cuerpo, sus apetencias y sus deseos de comodidades.
- pueblo de las amistades o relaciones que más o menos nos vinculan y nos dejan sin libertad.
- pueblo de los apegos, búsqueda de satisfacciones y de todo aquello que para salir de ello nos presupone un esfuerzo.

Si en una lancha se sienta una persona muy devota rezando con toda atención el Rosario, pero sin remar ni hacer nada para luchar contra la corriente del río, es indudable que la lancha bajará la corriente.

Hay pues que trabajar, luchar a fuerza de remos, tratar de elevarse a lo sobrenatural, dejar caer muchas cosas tras de sí, relativizar, y tener suficiente valor para cortar ya sean cables, ya sean hilos que nos retienen y apagan, a nosotras mismas o a las criaturas.

Termino dejando a vuestra reflexiones esta hermosa palabra del Génesis: “Egredere” “Sal” para que en vuestra oración y meditación busquéis de qué salir para que toda vuestra vida sea un “sí” fiel y generoso que os eleve de cuanto de terrestre existe aún en cada una.